

¿Puede ocurrir lo mejor en el peor momento?

la

MAGIA

de las pequeñas

COSAS

Estelle Laure

Annotation

Una historia conmovedora y realista sobre el amor, el abandono y la capacidad de lucha.

Hay cargas demasiado pesadas para una chica de diecisiete años. Hay situaciones que ninguna adolescente debería vivir.

Hasta hace poco, Lucille era una chica como tú, con un luminoso futuro por delante. Ahora, de la noche a la mañana, el futuro se ha desmoronado: su padre está internado en un hospital mental, su madre lleva semanas sin dar señales de vida y Lucille, de repente, se encuentra haciéndose cargo no solo de sí misma sino también de la casa y de su hermana pequeña.

¿Cómo seguir adelante cuando tus padres te han dejado sola y las facturas se acumulan?

¿Cómo reconstruir un mundo que se desploma?

¿Cómo enamorarse cuando estás al borde del precipicio?

¿Es posible ser feliz en el peor de los tiempos?

Con una sensibilidad especial para abordar el lado más duro de la realidad y unos personajes tan vivos y palpantes que no quieres separarte de ellos, Estelle Laure ha creado una preciosa novela sobre esa luz que siempre está ahí, por negra que parezca la noche.

ESTELLE LAURE

La magia de las pequeñas cosas

Traducción de Catalina Freire

Puck

Sinopsis

Una historia conmovedora y realista sobre el amor, el abandono y la capacidad de lucha.

Hay cargas demasiado pesadas para una chica de diecisiete años. Hay situaciones que ninguna adolescente debería vivir.

Hasta hace poco, Lucille era una chica como tú, con un luminoso futuro por delante. Ahora, de la noche a la mañana, el futuro se ha desmoronado: su padre está internado en un hospital mental, su madre lleva semanas sin dar señales de vida y Lucille, de repente, se encuentra haciéndose cargo no solo de sí misma sino también de la casa y de su hermana pequeña.

¿Cómo seguir adelante cuando tus padres te han dejado sola y las facturas se acumulan?

¿Cómo reconstruir un mundo que se desploma?

¿Cómo enamorarse cuando estás al borde del precipicio?

¿Es posible ser feliz en el peor de los tiempos?

Con una sensibilidad especial para abordar el lado más duro de la realidad y unos personajes tan vivos y palpitantes que no quieres separarte de ellos, Estelle Laure ha creado una preciosa novela sobre esa luz que siempre está ahí, por negra que parezca la noche.

Traductor: Freire, Catalina

Autor: Laure, Estelle

©2015, Puck

ISBN: 9788496886537

Generado con: QualityEbook v0.84

Estelle Laure

La magia de las pequeñas cosas

TÍTULO original: This Raging Life

Editor original: Houghton Mifflin Harcourt, Boston, New York Traducción: Catalina Freire

1.ª edición Marzo 2016

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora, o son emplead«como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Copyright © 2015 by Estelle Laure

All Rights Reserved

© de la traducción 2016 by Catalina Freire

© 2016 by Ediciones Urano, S.A.U.

Aribau, 142, pral. — 08036 Barcelona www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-96886-53-7

E-ISBN: 978-84-9944-950-0

Depósito legal: B-I.615-2016

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

impreso por: Rodesa, S.A. — Polígono Industrial San Miguel

Parcelas E7-E8 — 31132 Villatuerta (Navarra)

Impreso en España — Printed, in Spain

*Para mis hijos, Lulu Sophia y Bodhi Lux,
que quieren a lo grande*

Día 14

MI madre debería haber vuelto a casa ayer, después de sus dos semanas de vacaciones. Catorce días. Decía que necesitaba un respiro de todo {véase también: nosotras) y que volvería antes del primer día de clase. Yo sabía que no iba a aparecer por lo que recibí ayer en el correo, pero estuve despierta durante toda la noche de todas formas, confiando en que todo eran paranoias mías y que mi instinto, que no solía equivocarse, hubiera cometido un terrible error.

La puerta no chirrió, las tablas del suelo no crujieron y vi salir el sol reflejado en la pared, pero en el fondo sabía la verdad: estábamos solas, Wrenny y yo, al menos por el momento. Wren y Lucille. Lucille y Wren. Haré lo que tenga que hacer. Nadie podrá separarnos y para eso debo conseguir que todo parezca tan normal como sea posible. Fingir. Porque las cosas no podrían estar más lejos de la normalidad.

La normalidad se fue con mi padre.

Experimentaba una rara sensación de estar flotando mientras le hacía a Wren unas trenzas, según ella, demasiado apretadas, preparaba el café, el desayuno, el almuerzo para las dos, sacaba su ropa, su mochila, y la acompañaba a su primer día en la clase de cuarto, saludando a todos en el vecindario mientras intentaba esquivar a cualquiera que pudiese tener el descaro de preguntarme dónde demonios estaba mi madre. Pero lo hice todo mal, ¿sabes? Estaba como fuera de lugar.

Debería haber hecho café y haberme vestido antes de nada. Wren debería vestirse después del desayuno y no antes, porque cuando come se pone perdida. Y a partir de esta mañana, al parecer ya no le gusta el atún («Parece vómito») aunque ayer era su favorito, pero lo descubrí cuando

ya estaba guardado en la mochila y deberíamos estar saliendo por la puerta. Metí varias pilas de ropa en la lavadora, doblé mis cosas, colgué las de mi madre, guardé con cuidado las de Wren en los cajones de su cómoda, pero resulta que ya nada le queda bien. ¿Cómo ha crecido tanto en dos míseras semanas? Tal vez porque estos catorce días han sido eternos.

Estas son las cosas que mi madre solía hacer cuando nadie se daba cuenta. Ahora me doy cuenta. Me doy cuenta de que no está. Me doy cuenta de que no hace. Me gustaría pinchar a Wren, descubrir por qué no me pregunta dónde está mamá el primer día de clase, por qué mamá no está aquí. ¿Sabe en su fuero interno que esto tenía que pasar, que la noche que vino la policía solo fue el principio y que esta es la necesaria e inevitable conclusión?

A veces uno sabe cosas.

En Fm, hice todo lo que hubiera hecho mi madre. Al menos, intenté hacerlo. Pero el universo sabe perfectamente que estoy jugando a algo, fingiendo contar con un manual que ya me gustaría tener. Aun así, cuando la despedí con un beso en su cabecita morena, Wren entró contenta en el edificio. Eso tiene que contar.

Hace una mañana muy agradable. El verano aún no sabe que está a punto de despedirse y recorrí a paso rápido las nueve manzanas que hay entre el colegio de Wren y el instituto. Cuando por fin llegué a la puerta estaba sudando a mares.

Y ahora estoy aquí, en clase. La canción que Wren cantaba mientras íbamos al colegio me ha provocado un sordo dolor de cabeza. Llego un poco tarde a la clase de Literatura, pero casi todo el mundo llega tarde el primer día. Muy pronto todos sabremos exactamente dónde debemos estar y cuándo y dónde sentamos. Seremos obedientes zombis.

Edén está aquí, siempre a su hora, lo bastante temprano como para reclamar el asiento que quiere, con un brazo sobre el respaldo de la silla vacía a su lado, hasta que

me ve y lo deja caer a un costado. Literatura es la única clase en la que vamos a estar juntas este año, y eso es un asco total. Es la primera vez. Me gusta más cuando podemos pasar el día una al lado de la otra. Al menos nuestras taquillas son contiguas.

Mola tanto Edén, pero a su manera. No posee la clase de encanto que dice «Ven a por mí». Es más bien la clase de tía que mira y espera y ve muchas cosas... mola porque piensa. Su espeso y llameante pelo prácticamente flota sobre el respaldo de la silla y lleva puesta su armadura en forma de chaqueta de cuero. Uno podría pensar que es un poco excesivo para el mes de septiembre en Cherryville (Nueva Jersey), pero es que en este instituto tienen el aire acondicionado a tope, así que hace tanto frío como en un cine y la verdad es que me habría gustado llevar una chaqueta. También desearía haber guardado alguna prenda de abrigo en la mochila de Wren, pero estoy segura de que en un colegio de primaria no ponen el aire acondicionado tan fuerte. Creo que la dirección del instituto ha decidido que congelarnos podría ayudar a controlar nuestras indisciplinadas hormonas.

Pues se equivocan.

El señor Liebowitz me lanza una mirada reprobatoria mientras me siento. He interrumpido groseramente su típico discurso malhumorado sobre el curso escolar, sobre que no piensa aceptar tonterías de nadie esta vez, que solo porque estemos en el último curso no significa que podamos actuar como idiotas e irnos de rositas. O tal vez me esté mirando así porque también él sabe lo de mi padre. La gente ríe tontamente a mí alrededor, pero es como si Edén y su chaqueta de cuero amortiguasen todos los ruidos. Mientras la tenga a ella, estoy bien. Además, no suelo perder el tiempo con otra gente. Puede que Digby sea su mellizo, pero es conmigo con quien comparte su cerebro.

Mientras tanto, Liebowitz parece Mister Rogers¹, así que puede gruñir y pasearse tanto como quiera que a mí

no me afecta nada. Al final, no es más que un blando que está deseando irse a casa y ponerse un cárdigan de punto y unas zapatillas para cuidar espectacularmente de sus plantas y ponerles un poco de Frank Sinatra o algo. Ya se calmará. Siempre empieza el curso así de estirado. Y, en realidad, es comprensible. El instituto es un psiquiátrico. En los psiquiátricos necesitan poner barrotes en las ventanas, guardias de seguridad en la puerta. Eso nunca lo harían aquí.

Edén me da una patadita con el pie y eso me devuelve al presente. No me gusta el presente, así que le devuelvo la patada, preguntándome si hacer «piececitos» con mi mejor amiga puede considerarse una tontería.

—Ven a cenar a casa —me dice sin despegar los labios.

—Wren —le contesto de igual manera, encogiéndome de hombros.

La preocupación por mi madre se refleja en mis ojos sin proponérmelo.

Ella sacude la cabeza. Luego dice «Guarra» en un susurro.

Vuelvo a encogerme de hombros, intentando apartar la mirada.

—Trae a Wren. Mi madre puede darte de comer al mundo entero.

Asiento con la cabeza.

—Digby también estará —vuelve a darme una patadita.

Me quedo muy quieta. Miro a Liebowitz mientras sus finos labios blancuzcos forman palabras.

—Bueno, es que vive en tu casa.

Fabuloso.

—Chicas —nos advierte Liebowitz con su tonito can-

Le diría que estoy harta de su nueva obsesión por los chistes sobre gordos, pero no estoy de humor para perder el tiempo, así que hago como que me río y sigo adelante.

Quiero entrar en la casa y rápido porque luego está la otra cosa. Y por «otra» quiero decir lo que me hace sudar solo por estar allí. Y por «cosa» me refiero a Digby, a quien conozco desde los siete años, pero que últimamente me transforma en una mema atontada, una boba integral. Pregúntame mi nombre cuando estoy en su presencia y no podría decírtelo. Seguramente diría algo así como: «Lllll... lllllu» y tendrías que limpiarme la baba que me cayera por la barbilla.

Lo sé. No mola nada.

Pero de verdad. Alto, sudoroso y sin camiseta, de modo que los músculos están ahí para que una los mire. No es que reluzca exactamente porque su piel es blanco nuclear y cuando toma el sol le salen pecas, así que ahora, después de todo un verano al aire libre, está cubierto de ellas. Pero al ver su pelo aplastado contra la frente, su cuerpo largo y fibroso, saltando para encestar, solo quiero caer de rodillas en el camino de entrada para decir: «Dios, ten piedad, aleluya», escribir sonetos, pintarlo y adorar esa curvita donde el cuello se encuentra con el hombro que es tan, pero tan perfectísima.

Es guapísimo.

Y por eso cuando me dice «hola» al pasar a su lado apenas levanto el dedo meñique en señal de respuesta. Hay dos grandes problemas aquí, aparte de que es el hermano mellizo de Edén y eso es raro. Uno, que ha tenido la misma novia desde el principio de los tiempos. Está pillado. Ella lleva su chaqueta, el certificado de matrimonio está prácticamente firmado. Los ángeles bendicen la maldita relación. Y dos, si alguna vez tuviese una oportunidad, como por ejemplo si él me besara, moriría por implosión. Sé que debo de parecer una niña de doce años suspirando por un famoso, y no la futura mujer extremadamente serena y dueña de sí misma que soy en realidad, pero algo en él hace que pierda la cabeza. Algo en cómo se mueve, en su mismidad, me rompe de la cabeza a los pies. Así que espero

que no me bese nunca porque sería un desastre total. Nadie tiene que verme desmoronándome así. Y menos él.

No, en realidad, tal vez menos yo misma.

La madre de Edén, Janie, ha hecho albóndigas. No sabe cocinar solo para cuatro personas o incluso para seis, va que tiene una empresa de catering y organización de eventos, así que su nevera siempre está llena de entremeses y sobras de comida. Si va a preparar algún plato, cocina muchísimo. Es evidente, por el olor que impregna la casa, que las albóndigas han estado todo el día cociéndose a fuego lento. La esencia de la albóndiga se ha abierto paso por todas partes.

Las miro un momento: Edén y Janie. Dos pelirrojas trabajando juntas sobre la encimera de la enorme y nueva cocina, de espaldas a nosotras. Todo está tan ordenadito. tan en su sitio en su casa de ensueño, exactamente como ellas querían, así que la cocina parece una extensión de Janie. Edén y su madre se parecen tanto, salvo que Janie va más arreglada. Edén lleva su ropa de ballet, como siempre que no está en el instituto, como si volviese a una piel necesaria. Janie le da un culetazo, ella se lo devuelve. Es como hacer piecitos, pero con el trasero. A Edén le gusta hacer piecitos de todo tipo. Están cortando hortalizas para la ensalada, las dos flacuchas y muy eficientes, y unidas. Paso un brazo sobre los hombros de Wren y la empujo hacia mí cuando *Beaver Cleaver*, BC, el golden retriever, salta sobre ella y Janie nos ve por fin.

—Hola, chicas.

—Hola, Janie —Wren se deja caer en el suelo con BC.

Yo la saludo con la mano.

—Aquí huele muy bien —comenta Wren—. ¿Estás haciendo salsa de vodka?

Janie sonríe.

—¿Salsa de vodka? Eso es un poco difícil para ti, ¿no?

—Del Canal Cocina —Wren se levanta de un salto— y también de Gino's. Allí hacen una salsa de vodka muy buena.

—Vaya, eso es impresionante —Janie señala la vitrina del comedor y empieza a sacar platos—. No, no es salsa de vodka. Es una simple salsa marinera, pero espero que te guste.

—Ah, sí, me gustará —asiente Wren—. Llevamos semanas comiendo pizzas congeladas.

—No es verdad —tercio. Eso es una exageración.

—Sí, todo lo que cocina Lucille sale de una caja.

Bueno, es que había muchas pizzas en el congelador.

—¿Y tu madre? —le pregunta Janie—. No se le da mal la cocina.

—No está aquí —responde Wren. Y luego me mira encogiéndose de hombros, como diciendo «¿qué quieres que diga?»—. Porque está de vacaciones.

—Ah, ya —Janie arruga la frente.

—A lo mejor quieres ver la tele hasta la hora de la cena —interviene Edén, poniéndose entre su madre y mi hermana.

—Diez minutos —advierte Janie, volviéndose hacia la cocina con cierta desgana—. Terminad de poner la mesa, chicas.

Es tan agradable obedecer órdenes.

—¿Sabes una cosa? —Edén mira a su madre—. Está mal y además es sexista que estemos todas aquí cocinando y actuando como ganado mientras los chicos están fuera jugando al baloncesto.

—Por el amor de Dios, Edén —Janie echa el aderezo en un enorme cuenco de ensalada—. Me encanta cocinar.

—Su alteza podría poner la mesa, al menos —insiste ella, sacando los vasos.

—He pensado que le vendría bien pasar un rato con tu padre.

—Sí, ya. Y también poner la mesa, hacer algo además de exhibir sus habilidades de neandertal. Lo estás animando a perpetuar los privilegios masculinos, no sé si lo sabes.

—Estoy haciendo la cena para mi familia, y eso es una alegría para mí —Janie deja escapar un suspiro gigante—. No tendría ni que defenderme. Y no es ningún crimen dejar que jueguen un rato de vez en cuando.

—Ya, pero ¿cuándo jugamos nosotras, mamá? Esa es la cuestión.

Mis ojos se llenan de lágrimas. Me ahogo. Son tan tontas discutiendo sobre eso. Ellas no saben. Ellas no saben.

—Lucille —me llama Janie por encima de la cabeza de Edén—. ¿Haces el favor de ir a llamar a los chicos? Di— les que la cena ya está casi lista.

¡Mecachis!

¿Cómo se convierte una persona de algo así como un componente decorativo en la casa que es tu vida, una bonita mesa quizás, en las cañerías, los cimientos, la viga maestra sin la cual toda la estructura se derrumbaría? ¿Cómo una estrella apenas perceptible se convierte en tu propio sol?

¿Cómo es que un día Digby era el hermano de Edén, guapísimo, eso hay que reconocerlo, y luego de repente me roba el aire, me da escalofríos, hace que se me encoja el estómago? ¿Serán las hormonas? ¿Una dolencia en el útero? ¿Un producto de mi desesperación interna y mi falta de autoestima?

He intentado un millón de veces descifrar el momento en el que se volvió tan vital para mí, pero no lo encuentro. Solo sé que mis estúpidos e irritantes sentimientos se han cargado del todo mi habilidad para portarme con normalidad cuando estoy con él, que quiero cerrar el espacio que hay entre los dos y envolverme en él. Todo mi ser exhalaría un suspiro, creo. Es ridículo.